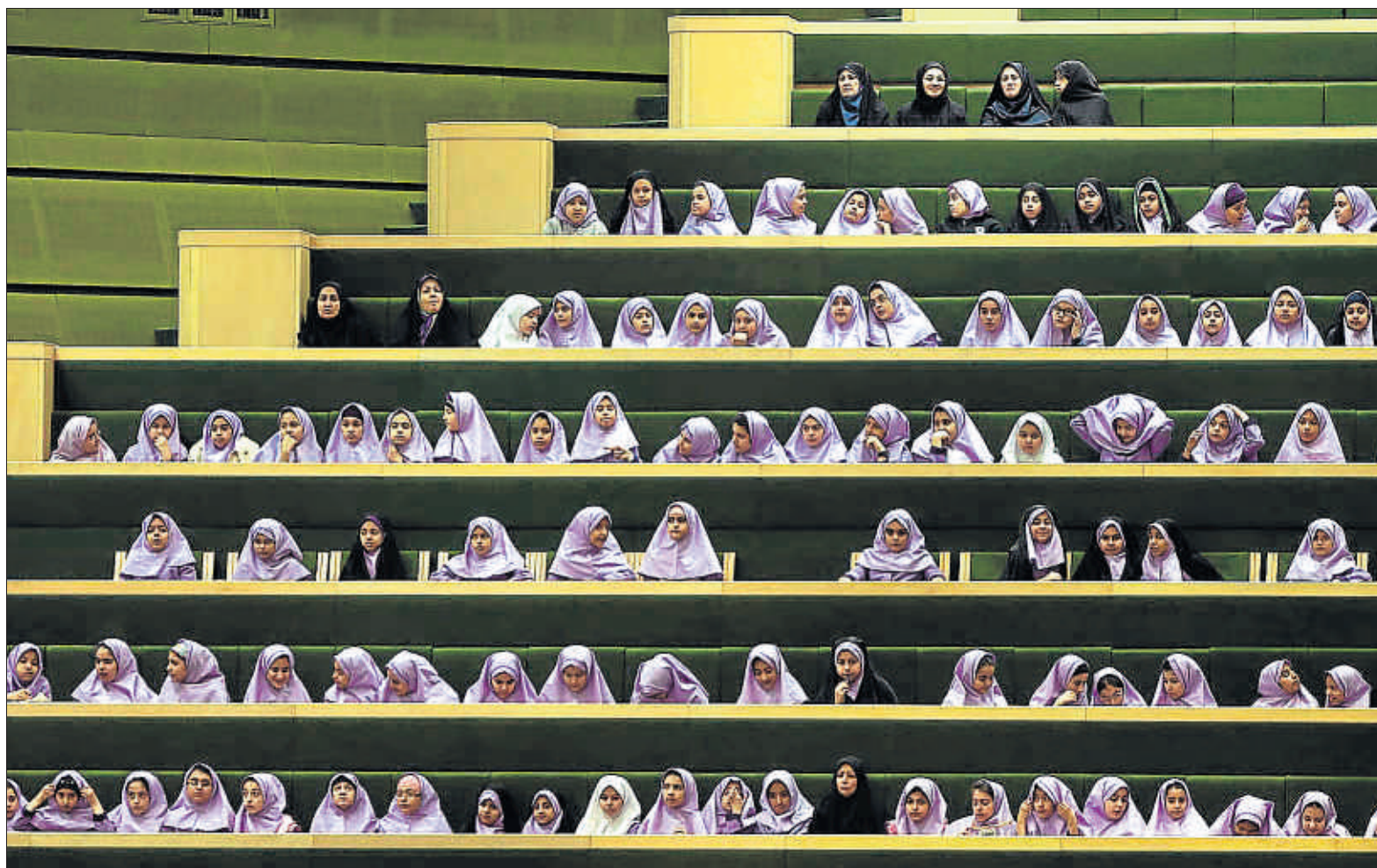


El realismo de los reformistas iraníes



VAHID SALEMI / AP

El futuro en sus manos. Un grupo de colegialas iraníes y sus maestras asistían el lunes a uno de los últimos debates del Parlamento saliente, en Teherán. Los nuevos diputados tomarán posesión de sus escaños a finales de mayo

Roberto Toscano

Los pesimistas estaban equivocados. A pesar del descontento por la demora en los cambios económicos anunciados, todavía no puestos en práctica, el resultado de las elecciones en Irán revela que el presidente Hasan Rohani y su proyecto político de cambio dentro del marco del sistema de la República Islámica ha obtenido un apoyo substancial (y a pesar de que el Consejo de Guardianes borrara de las listas electorales al 99% de los reformistas).

Si bien es verdad que no ha triunfado el reformismo –y que dentro de la Lista de la Esperanza hay más conservadores moderados que reformistas–, también es evidente que los que quieren el cambio han aceptado reducir sus ambiciones y se han

R.TOSCANO, exembajador de Italia en Irán e investigador s/nior asociado del Cidob

contentado con parar el avance de los defensores más radicales (más reaccionarios) del sistema y así preservar la posibilidad de un avance futuro.

Duele reemplazar la legítima demanda de más libertad y más justicia por un realismo que conlleva postergar la lucha contra el arbitrio y el privilegio de las oligarquías del régimen. Y es un hecho que en Irán actúa un *Estado profundo*, con escaso control por parte del Gobierno, que golpea sin límites a opositores y disidentes.

El realismo de los progresistas se explica, en primer lugar, por el hecho de que ellos mismos saben muy bien –sobre todo tras los acontecimientos de 2009– que el régimen es capaz de desatar una férrea represión y anular los reducidos espacios democráticos que existen en el complejo sistema político-constitucional de la República Islámica.

Es fácil expresar escepticismo frente a las posibilidades de evo-

lución del régimen, y es comprensible que lo hagan precisamente aquellos que han padecido –y siguen padeciendo– el peso de la represión. Y cuando alguien dice que en Irán no sirve de nada ir a votar –como lo ha hecho en la víspera de estas elecciones la premio Nobel Shirin Ebadi– es justo respetar y hasta comprender esta posición, basada en la trágica experiencia política y humana de la disidencia en un sistema represivo.

Pero tras la votación, los resultados han puesto en evidencia que esta actitud no ha prevalecido; más aún, es interesante observar –a la espera de la confirmación de los datos definitivos– que la participación ha sido más alta en los barrios de clase media (donde antes de la elección de Rohani la abstención era muy alta) que en los barrios populares (donde las precarias condiciones de vida se mantienen). En estos últimos, la esperanza de un futuro mejor –después de la presidencia populista de Mahmud

Ahmadineyad– se ha convertido en una decepción; la sospecha se ha extendido a todas las élites, ya sean estas las clericales o las de orientación reformista.

La prudencia y el realismo de los que quieren el cambio se explica también por el hecho de que muchos iraníes están más a favor de un cambio en el régi-

Muchos votantes iraníes están más a favor de un cambio en el régimen que de un cambio de régimen

men que de un cambio de régimen. No se trata tanto de una fidelidad residual a un mensaje revolucionario –que de hecho hoy sólo está más vivo a nivel retórico que real– sino más bien de valorar –de forma muy realista, por cierto– lo que el cambio de régimen puede suponer, en la

estela de lo ocurrido desde Iraq a Libia, y de lo que está pasando en Siria en la lucha para abatir el régimen. Sadam y Gadafi, obscenos dictadores, fueron abatidos y ejecutados, pero la consecuencia ha sido la destrucción no solo del régimen, sino del Estado; esto es, la deleznable dictadura ha sido reemplazada por la pesadilla de la anarquía y de una hobbesiana guerra de todos contra todos. Por ello, puede entenderse que la llamada *primavera árabe* no resulte –vistos sus desastrosos resultados– tan atractiva para los iraníes, ni siquiera para aquellos que sueñan con la desaparición del régimen.

Así pues, parece difícil poder compartir las consideraciones escépticas de los que hoy –comentando el resultado de las elecciones– subrayan que “nada ha cambiado” y que los conservadores continúan manteniendo su posición dominante. Nos encontramos de nuevo con el más antiguo de los dilemas de la política, es decir, con una opción de reforma que suele ser combatida tanto por los conservadores como por los revolucionarios. Así, los resultados de estas elecciones no pueden ser considerados de ninguna forma resolutivos: la lucha entre el cambio y el conservadurismo va a seguir, tal como ha sucedido desde el comienzo del régimen islámico con la revolución de 1979.

Lo que va a resultar crítico ocurrirá en el plano institucional; en concreto, en el difícil equilibrio de poderes sobre la base de una híbrida Constitución entre teocrática y republicana. Ante todo, será decisivo el rol del líder supremo, que representa la cumbre tanto política como religiosa del sistema. Por ello, es importante que en las elecciones a la Asamblea de Expertos –celebradas en paralelo a las parlamentarias– la alianza reformistas/centristas haya obtenido un buen resultado, puesto que precisamente será esta Asamblea –cuyo mandato dura ocho años– la que nombrará en su día al sucesor del ayatolá Ali Jamenei o, lo que sería realmente revolucionario, la que podría reemplazarlo por un órgano colegial como permite la Constitución –tal como propuso Hashemi Rafsanyani, un modernizador clave desde hace años y cuyo apoyo a Rohani seguirá siendo decisivo.●

Maduro logra que el Supremo corte poderes básicos a la Asamblea

ELISABET SABARTÉS
México. Corresponsal

El choque de poderes en Venezuela parece haber alcanzado un punto de no retorno después de que el Tribunal Supremo, bajo control del chavismo, eliminara alguna de las más importantes funciones constitucionales de la Asamblea Nacional, donde la oposición cuenta con una mayoría calificada de dos tercios. La senten-

cia mutila las facultades del legislativo, incluyendo algunas tan cruciales como su autoridad para fiscalizar los demás poderes del estado (judicial, electoral y ciudadano). A partir de ahora solo podrá supervisar al Ejecutivo.

El Supremo se pronuncia justo después de que el bloque parlamentario opositor iniciara una investigación sobre el proceso de nombramiento de 34 de sus magistrados durante la última sesión

de la anterior legislatura. Los jueces, según la oposición, fueron elegidos a dedo en un procedimiento irregular, para asegurarle al oficialismo un dominio completo del máximo órgano judicial. La designación de los jueces entre los afines al chavismo se llevó a cabo horas después de que la alianza opositora MUD ganara por abrumadora mayoría las elecciones del 6 de diciembre y terminara, así, con 17 años de hege-

monía institucional bolivariana.

“No es ninguna sorpresa, están utilizando lo único que les queda, además del ejecutivo, para tratar de amputar las facultades del legislativo. (...) No habrá medicinas, no habrá alimentos, pero hay sentencias”, dijo el diputado opositor Henry Ramos Allup, presidente de la Cámara.

Expertos juristas venezolanos denunciaron que la sentencia rompe el hilo constitucional y la calificaron de golpe de Estado, porque niega a la Asamblea el poder de la representación popular. Algunos compararon el dictamen con el *fujimorazo* de 1992, cuando el entonces presidente peruano, Alberto Fujimori, disol-

vió el Congreso y consumó un autogolpe.

“Esto es un golpe de Estado, un golpe a la Constitución. Están eliminando un elemento básico de la democracia moderna, que es el equilibrio de poderes. Se merma la capacidad controladora de la Asamblea Nacional que está garantizada en la Constitución”, precisó José Vicente Carrasquero, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar.

El Supremo también impide que la Asamblea ejerza un control político sobre las fuerzas armadas. Esta función básica en un Estado de derecho queda limitada al comandante en jefe, que es el presidente Maduro.●